



Luego, cuando los hechos se manifestaron abiertamente irreversibles, investidos de todo el esplendor de su poderío — y ataviados no del chándal un poco raído con el que practicaban footing los días de fiesta por la mañana en el parque, ni del bañín con borlas y las zapatillas de franela a cuadros con que podía verlos la sirvienta mientras se desayunaban en los días de labor sentados a la mesa de la cocina [eran unos hechos cercanos, familiares, que en la intimidad gustaban de la sencillez y de aspirar los aromas de los fogones en los que se empezaban a cocinar ya de buena mañana platos suculentos un poco, tal vez, en exceso especiados] sino del traje Armani confeccionado a la medida y de los zapatos italianos reservados para los actos solemnes — todo el mundo quiso arrogarse el protagonismo de haber estado allí, en primera fila, siendo testigo de excepción de un suceso que no habría tenido por qué revestir la menor importancia ya que era, según **todas las apariencias**, de índole menor — aunque este particular hubo de quedar por lo pronto en suspenso ante las alaridas protestas (que se admitieron, por cierto, contra todo pronóstico y en el acta está por si alguien tiene la curiosidad de echarle un vistazo) de los que adujeron que no era a las apariencias a lo que estábamos jugando — habida cuenta de que consistió en algo tan cotidiano como lo es (y quién no ha vivido la experiencia alguna vez) el que un despertador no funcione.

No según las apariencias, por tanto y si empero por el mucho empeño que pusieron en insistir (porque insistieron, aunque no se reflejó en el sumario por entender que podía resultar reiterativo) los que aducían, ni debido o desencadenado por algo tan genérico "como lo es (la frase fue repetida hasta la saciedad en todos los idiomas y diferentes tonos, por activa y por pasiva, en los mercados y en los colegios y en las iglesias, por voces tan disonantes cual pudieran serlo las de las verduleras o las de las profesoras de primera enseñanza o las de los clérigos; omitiendo, empero, lo de la experiencia y pasando, asimismo, por alto quién la había vivido y quién no porque nos hallábamos, no convenía olvidarlo, ante un acontecimiento de trascendencia universal y no era cosa de andar desmenuzándose en minucias ni en ésta o aquella anécdota personal) el que un despertador no funcione" sino por algo tan infinitamente más concreto como vino a resultar el serlo el que el despertador personal de la señorita Susi se negase a cumplir su cometido justo aquella mañana en que tenía el señor Cremades que pegarse un madrugón de padre y muy señor de la tía